

JUAN LÓPEZ-HERRERA

*Como un río que me cruza*



Un emocionante homenaje a los miles de españoles  
que lucharon para liberar a Francia del nazismo



Como un río que me cruza

Juan López-Herrera

Como un río que me cruza

COLECCIÓN  
LITERADURA



Primera edición: abril de 2025

© Juan López-Herrera, 2025

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2025  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)  
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-129382-7-2  
Dep. Legal: M-8083-2025

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Confluence (Lyon)*, © Beatriz López-Herrera Copati

Producción gráfica: Ayregraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Este libro se ha impreso en papeles Coral Book y Fedrigoni Nettuno Bianco, ambos procedentes de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

Tiempos tristes para la familia:  
A mis tías Encarna, Maruja y Yeyes,  
a mis primas Lourdes y Araceli,  
y a Marília, *minha sogra*,  
*in memoriam*.

Pero también a mi sobrino Jorge,  
una alegría que se ha colado  
por las rendijas de un tiempo sombrío.

*«Yo contra mi hermano.  
Mi hermano y yo contra mi primo.  
Mi primo, mi hermano y yo contra el extraño».*  
Proverbio árabe

Como un río que me cruza

LO SUPO DESDE QUE les miró a los ojos.

Habían caminado durante más de tres horas por aquel bosque sin fin, él siempre un poco por delante, y ellos unos pasos atrás, en un silencio espeso.

Estaba acostumbrado a sus sonrisas desafiantes, a sus miradas atravesadas y a sus bisbiseos como el silbo de una víbora, pero aquella vez era diferente.

Lo había sentido desde que habían iniciado la marcha a medianoche. Ni siquiera secreteaban o reían por lo bajo. Solo aquel mutismo cada vez más denso y más pesado a sus espaldas, como un costal de piedras sobre los hombros.

—Vamos a parar unos minutos. Echamos un cigarro y seguimos. Nos quedan más de dos horas todavía.

Se detuvo y se volvió hacia ellos. Vio cómo se desembarazaban de los fusiles, se sentaban en el suelo, con la espalda apoyada en un grueso roble, y cogían cigarrillos liados de la faltriquera.

No le ofrecieron. Uno de ellos sacó el mechero de yesca e hizo saltar la chispa hasta prender la mecha. Encendió el pitillo y dio fuego a su compañero.

El resplandor de las primeras caladas ávidas iluminó fugazmente sus caras y él vio su destino escrito en aquellos dos pares de ojos oscuros que, por una vez, le miraron sin asomo de odio o de burla. Pozos negros en los que no había nada; solo silencio y una premonición funesta.

No se habían tomado la molestia de desarmarle. Su fusil continuaba colgando del hombro; los de ellos descansaban sobre sus piernas. Fumaban con la mano izquierda envolviendo el cigarro, mientras la mano derecha cubría el guardamonte y ocultaba el gatillo.

Miró hacia arriba y alcanzó a ver el cielo a través de las ramas de los árboles. Era una noche estrellada y clara. Le sorprendió no sentir miedo. Apenas una tristeza pegajosa, casi dulce.

Cerró los ojos y recordó.

2

GINÉS CÁNOVAS CERRÓ por dentro la puerta acristalada de la calle y recorrió un corredor triste de paredes de un blanco sucio pintadas al gotelé, puertas desconchadas de color naranja, falsos techos de placas grisáceas de poliestireno, suelos enmoquetados y luz parpadeante de viejos fluorescentes.

Al final del pasillo abrió la puerta del despacho, en el que el gotelé daba paso a un viejo papel pintado de un ocre titubeante. Por el falso techo se deslizaban nubes marrones de humedad y dos alfombras fatigadas ocultaban en parte una moqueta parduzca surcada de manchas.

Era un despacho anacrónico, sumido en una decrepitud vulgar y prematura antes de haber podido instalarse en una digna decadencia. Lo redimían en parte el aire vagamente solemne que le conferían algunos grabados antiguos y un

gran ventanal que se abría hacia la calle arbolada, por el que se derramaba en la habitación la luz reconfortante de aquella tarde de primavera.

Sobre la mesa del despacho le esperaba —como cada sábado— una imponente columna de libros de registro civil apilados en un equilibrio incierto. Se sentó, tomó el primer libro y lo abrió por la página marcada con una pequeña tira de papel color verde fosforescente.

Le gustaba firmar los libros del registro civil cuando se quedaba solo en el consulado. Abría entonces uno a uno los libros de nacimientos, matrimonios y defunciones y firmaba cada inscripción tras revisar meticulosamente la hoja preparada por la encargada del registro y la documentación de cada expediente.

Cuando detectaba pequeños errores u omisiones pegaba un pólito amarillo en el lugar de la firma y anotaba a mano un comentario o una pregunta: «El año de nacimiento es 1965, no 1964»; «A Thibaut le falta la h intercalada»; «¿Tenemos seguridad de que los padres eran españoles en el momento del nacimiento?».

Le complacía este trabajo minucioso —que llevaba su tiempo y precisaba de calma— por más que el último cónsul general se burlase de él llamándole «funcionario de manguitos».

Pero hacía más de dos años que el consulado no tenía a un diplomático al frente y era él el encargado *ad interim*, con

lo que podía entregarse sin trabas a esta tarea de artesanía burocrática, en la que su imaginación volaba una y otra vez más allá de las páginas de los pesados tomos del registro civil.

Veía una inscripción de nacimiento y se interrogaba sobre los orígenes de la familia y sobre el futuro de aquel niño. Pensaba en sí mismo, nacido en Francia, y en sus padres, que habían emigrado a finales de los cincuenta y habían regresado a España a finales de los setenta con unos pequeños ahorros con los que habían puesto un comercio en su pedanía murciana. Él tenía 14 años y apenas conocía su tierra de origen.

Para la familia fue un retorno triunfal. Él lo vivió como un desgarró. Durante años anduvo a la deriva en medio del bullicio que le rodeaba permanentemente (España era para él la tierra de la barahúnda) y a menudo pensaba que no había conseguido reencontrarse desde entonces, a caballo siempre entre los dos países, extranjero siempre en los dos.

Las inscripciones de defunción eran motivo de una serie interminable de preguntas: ¿cuándo habría llegado aquella persona a Francia?; ¿cómo habrían transcurrido sus primeros años en el nuevo país?; ¿qué familia habría formado?; ¿murió rodeada de los suyos o sola en un asilo?; ¿alguien la tomó de la mano en su agonía y le susurró al oído en sus últimos momentos?; ¿en quién pensó en los instantes finales de lucidez?; ¿en la familia que había creado en su país de adopción o en la

que dejó atrás en el país de origen?; ¿o quizás en algún amor de juventud cuya sombra la había acompañado en secreto toda su vida?; ¿sintió en Francia la nostalgia de su tierra?

Sus padres sí la habían sentido, cada día, de forma lace-rante, como un hurón que recorriese incansable las galerías de su ánimo a la caza implacable de cualquier atisbo de alegría. Repasaba mentalmente imágenes de su infancia francesa y no recordaba nunca a sus padres sonriendo con la misma felicidad con la que lo hacían cuando volvían a su pueblo.

Al revisar las inscripciones de matrimonio, le invadía una melancolía agrídulce y no podía evitar pensar en Chantal... Cuando la vio por primera vez en el Puerto de Mazar-rón aquel día de verano de 1987, con su pelo rubio y liso cortado a lo Mireille Mathieu, le dio un vuelco el corazón y supo que aquella chica pizpireta y alegre, que le saludó con una sonrisa sorprendida cuando se dirigió a ella en un fran-cés sin acento, le iba a cambiar la vida.

3

ERA NOCHE CERRADA. Salió arrastrándose de los matorrales, se puso en pie y se sacudió el polvo. Bebió un buche de agua de la bota y la mantuvo un buen rato en la boca antes de tra-garla. Estaba caliente, casi imbebible. Había pasado todo el día escondido entre matojos como una liebre encamada, sin moverse, casi sin respirar, sin comer ni beber a pesar del calor despiadado del campo cordobés a fines del mes de agosto.

Oyó en varias ocasiones el estruendo sordo de caballos al galope cruzando la campiña en todas direcciones. Un par de veces callaron las cigarras cuando aquel trueno se acercó lentamente a escasa distancia de su escondite. Pudo verlos entonces: una partida de cerca de cuarenta hombres a caba-llo encabezados por Gonzalo Carrizosa, el señorito Gonzalo. Una jauría de perros vengativos.